

María Monvel

Apuntes de Sevilla



SEVILLA sin sol es menos Sevilla. No he visto sino su reflejo porque la ví sin sol. Sevilla conserva aun en invierno la caldeada refracción solar en sus murallas blancas, y se mete hacia dentro. En invierno Sevilla no recibe. Dejé inútilmente mi tarjeta y luego de tocar en la vieja aldaba de su viejísima puerta claveteada:

—Sevilla no recibe — escuché. — Y me dije a mí misma:

—No recibe en invierno. Pasa el invierno arrebujaada en su lecho para no ver la ausencia del sol.

—¿Cómo será Sevilla? Ni siquiera la vislumbré a través de sus herméticos balcones. Quise espiar algo a través de los patizuelos plantados de naranjos, pero la casta andaluza tenía bien cerrados los postigos. Sólo Becquer suelta al viento sus rimas que musitan fragmentos al oído. Por eso escuchamos en el viento su voz:

«—¡Dios mío! Qué solos se queda los muertos!»

¡Qué ideas tan trágicas se le ocurren a Becquer por un poco de niebla!

¡Oh, Sevilla, dormida en sábanas de lino! Rezaremos en tu catedral ya que no nos recibes. Acoquinada por el soberbio monumento de la fe andaluza, me echo de rodillas junto a una columna. Los oscuros vitreaux tami-
zan la luz con vagos fulgores de piedras preciosas. Rubíes, muchos rubíes líquidos llueven su tibia luz sobre la mano que extendiendo para recibirlos. Estoy embargada y tengo sed. Me gustaría beber fe a grandes sorbos en los cálices fúlgidos. Una virgen frigueña me sonríe con sus hermosos ojos. Bajo su manto blanco, su rostro aniñado de óvalo purísimo llena todo aquel ámbito de una extraña vida. Tiene ricas diademas y pesados collares, y parece dulcemente encantada porque se sabe hermosa. Vírgenes y santos. Cristos y santos ¡tantos! El órgano arriba apunta al otro extremo enormes tuberías de bronce. Me sobrecoge el temor de que dispare sus voces de repente y haga pedazos innumerables la catedral. Virgen hermosa de las crenchas morenas ¡no podrás consentirlo! Rezo, rezo mientras el dulce rocío de rubíes sigue anegándome en su lluvia impalpable. Rezo todos los rezos que conozco, y cuando no sé más, rezo inventando. Me sacude un estremecimiento y miro el órgano. Sus cañones de bronce no se agitan. Son las campanas. Sobre las torres de la catedral vuelan como locas. Hay viejas y jóvenes. Las viejas tienen un sonoro decir trémulo y ronco. Las jóvenes tienen una voz armoniosa. Y las hay niñas con delgadas vocecitas de plata. A cada instante una nueva campana se une a las precedentes y forman un terrible repiqueteo. Las campanas son las hijas bulliciosas de la Catedral. Todo ese revuelo es porque han divisado desde las altas torres donde viven trepa-

das, el carruaje automóvil de su señor padre el cardenal arzobispo. Ya está cerca, ya viene, y el campanario amenaza derrumbarse con sus locuras. La virgen sonríe. Le echo un beso con el extremo de los dedos y me voy a la torre. Asciendo sin fatiga por la suave pendiente que parece volverse hacia abajo para evitar el cansancio de sus visitantes. Sevilla desde los huecos del muro es blanca con un blanco de leche. Los naranjos en racimos de oro y el verde no intenso del paisaje, sólo interrumpen su blancura. Las campanas atruenan el aire ¡oh voces terribles! El aire está espeso de ruidos y amenaza echarme a rodar desde lo alto si oso continuar avanzando. Me cubro los oídos, y el estrépito, como manojo de cuerdas de plata, me azota el rostro y los vestidos. Sobre todo me golpea las sienes y siento que bajaré con ellas acardenaladas. Pero continúo. Ya estoy con ellas, las hijas vocingleras del señor cardenal. Cada cual tiene colgando un hombre atado por mitad en la cintura, y gira sobre sí misma dejándolo caer y levantándolo, como en un columpio de estruendo. En un rincón, una jaula, donde multitud de palomas grises picotean serenas sin dañarse del ruido. Ya no puedo más. Tengo los dedos hundidos en las orejas pero no me defiendo, porque el rumor se me entra por la boca, por los ojos, hasta por los poros de la piel. Quiero gritar y grito, pero ni yo misma me escucho. Siento la fatiga precursora al desmayo en las rodillas temblorosas...

Sevilla, el señor cardenal, los monaguillos negro y ocre, el ventanal desde donde una extranjera suicida se lanzó al vacío, por el ímpetu comprensible de morir en

ese líquido ambiente blanco. ¡Las campanas, abejas
vehementes!... ¡Sevilla, Sevilla!... Bajo desva-
necida por la pendiente suave, que para
que no caiga, se echa hacia arriba.

¡Sevillal a martillazo de cam-
panas, bajo contigo metida
en el corazón sus-
pirante...